DISERTACIÓN DE SARA P., ALUMNA DE 1º DE BACHILLERATO DE CIENCIAS EN LAUDE FONTENEBRO SCHOOL

¿Es la seguridad condición necesaria de la libertad?

Es lógico que, con el fin de contestar a la cuestión propuesta, miremos dentro de nuestro pasado y naturaleza. So n ya miles de años desde que filósofos como Aristóteles se percataron del carácter social del hombre, que se remonta a nuestros tiempos más primitivos, por no decir, que es innato a nuestros genes. Como cualquier comportamiento biológico, el motivo de este fenómeno reside en la necesidad y deseo del hombre de perpetuar su especie y sobrevivir. No fue coincidencia que nuestros antepasados se dieran cuenta de que su vulnerabilidad como individuos, quedaba completamente anulada con la destreza que brotaba de la unidad, del grupo. Juntos éramos fuertes, entonces ¿en qué nos beneficiaba seguir en solitario? Desde las primeras agrupaciones sociales, se fueron desarrollando otras cada vez más complejas, hasta llegar a las avanzadas sociedades que habitan nuestra realidad, con los diferentes matices de cada una, claro. No obstante, lo que pretendo mostrar con este análisis es que llevamos siglos intentando desentramar la histórica confrontación entre la libertad y seguridad, sin aprender que la felicidad de nuestra especie - pues asumo que el motivo del debate es alcanzar el máximo gozo posible- solo es posible cuando disfrutamos de la suficiente seguridad, como para que quede espacio en nuestra mente para soñar y anhelar cumplir nuestra verdadera voluntad.

Trataré ahora de ejemplificar este concepto. Abrahan Maslow, también preocupado por el asunto que aquí nos concierne, elaboró un diagrama en forma de pirámide que mostrase la jerarquía de las diferentes necesidades humanas. De esta forma, en la base se encuentran los requisitos básicos para la supervivencia, los instintos más arraigados, y a medida que se asciende, se van divisando los distintos aspectos que confluyen hasta alcanzar la autorrealización. No nos costará observar, y tal como mencionamos anteriormente, que la seguridad es un pilar fundamental de nuestra existencia. Es innegable, que la libertad nos satisface, pero ¿no es cierto que desprovistos de seguridad somos nosotros mismos los que limitamos nuestras libertades? Así, podríamos definir la libertad como una utopía, algo a lo que aspirar si deseamos prosperar, mientras que la seguridad tiene un sentido más pragmático, menos idealizado, pero, aunque para algunos pese admitirlo, es un requisito de mayor vitalidad. Los ejemplos históricos que refuerzan esta idea son innumerables, pensamos si no en la sonada gripe española. Es cierto que se dio en una época donde los conocimientos médicos y científicos no eran tan avanzados, pero la esencia es la misma. Fueron tres oleadas devastadoras, con millones de muertes en cada una de ellas, precisamente porque aún no se entendía con exactitud cómo se prevenía su propagación y como se disminuía su mortal efecto, miles de familias optaron por encerrarse en sus casas, incluso antes de que las medidas fueran impuestas. El ser humanos aprecia su vida por encima de todo, y aunque muchos adviertan de que la vida sin libertad no es vida, la realidad es que cuando la urgencia ahoga, incluso nosotros mismos nos deshacemos de nuestra libertad.

Es el miedo la mayor de nuestras cadenas, esa emoción ancestral que nos permite anticipar y protegernos de peligros, pero que está tan arraigada en nosotros, que como dijo el filósofo francés Alain “El hombre que

tiene miedo sin peligro, inventa el peligro para justificar su miedo". Solo es el temor lo que nos impide satisfacer nuestros deseos ¿y que lo despierta en nosotros? Pueden ser multitud de factores, el castigo, la

pérdida, la incertidumbre… pero todos ellos, tienen algo en común, y es su relación con la seguridad. Lo que nos aterra es perder la seguridad de la que gozamos en el momento, en cualquier ámbito de la vida. Las pérdidas suponen carencia, y la carencia vacía los requisitos que completaban nuestra comodidad. Nosotros mismos somos conscientes de esto, sabemos que para todo detonante existe un inhibidor, y el de la libertad es el miedo. Por ello, nuestra sociedad se rige según esta unión: nos da la seguridad suficiente para despreocuparnos de cubrirnos las espaldas y permitirnos crecer, pero emplea el miedo para asegurarse de que nuestros deseos de libertad no excedan los límites, y no se sobrepasan hasta violar la seguridad de nuestros compañeros.

Teniendo en claro que es la unión social la que nos libera del miedo, rebobinemos un poco. Mencionamos antes a Aristóteles, quien consigue responder al por qué de un Estado cada vez más con mayor presencia. Describe entonces tres formas fundamentales de agrupaciones sociales: la primera es la familia, que satisface las necesidades más inmediatas, es decir, nos permite sobrevivir; es seguida de la aldea, la agrupación de varias familias con el fin de permitirnos salir de la supervivencia del inmediato, nos da cierta comodidad e independencia para especializarnos en tareas con las que nos sentimos más afines, es la incipiente libertad; y por último, el Estado, la unión política por excelencia y la única capaz de conseguir la vida virtuosa guiada por la razón de los ciudadanos, por ello, es la única agrupación capaz de salvaguardar la supervivencia de las familias y aldeas y a la vez, proporcionar un grado de organización y especialización, que ofrezca a sus ciudadanos la oportunidad de elegir y formarse de acuerdo con lo que a ellos les satisface. Recordemos las sentencias de Locke, donde no hay ley no hay libertad, necesitamos "una libertad para que todo hombre haga lo que quiera" pero donde los límites empiecen donde se encuentren los del otro. Podría alegarse que las restricciones de determinados Estados son excesivas, no obstante, ¿podríamos alcanzar nuestras aspiraciones ajenas a la sociedad o es más bien el Estado la única agrupación capaz de proporcionarnos felicidad? ¿podríamos gozar lejos de la comodidad, desprovistos de seguridad, con el miedo como único protector?

Lo que está claro y es compartido por toda la historia de la filosofía, es que el Estado nace de forma natural y como una necesidad social. Fijémonos en Hobbes, quien lo concibe como la única solución posible a la autodestrucción del hombre, como el guardián de nuestra confianza y libertad; y que a cambio nos proporciona bienestar y la oportunidad de evolucionar, sin miedo a que por nuestro innato egoísmo nos saboteemos entre nosotros. No nos dejemos llevar por el orgullo, y pensemos con la razón que nos ha sido concedida. Aunque parezca contradictorio, el deshacernos del Estado para deshacernos de sus limitaciones y ganar libertad, nos arrebataría ambas de ellas, pues el nuevo espacio para la libertad lo ocuparía la responsabilidad que supone la búsqueda constante por protección. No nos limitemos a una libertad estoica como la definió Hebbel, él solía decir: "Yo vivo, esto es, yo me diferencio de todo lo demás. Cada uno de nosotros es el proyecto y germen de una personalidad única con ademanes propios, deseos únicos, necesidades incomparables y deberes originales", refiriéndose al mundo interno como único campo libre para derrochar nuestra libertad y voluntad, pero se le olvidó que soñar ha sido el tesoro de todos los seres humanos que han existido, y también, el castigo que a muchos les recordó su falta de libertad, acabando con ellos. Optemos entonces por una seguridad que nos permita ser libres para cumplir esas ensoñaciones que en su encarnación nos acercarán un poco más hacia lo que de verdad somos.